

Reinaldo Arenas al Ostracismo

Angel Rama

EN estos tiempos revueltos y miserables, parece imposible que el escritor aparezca de otro modo que en la irrisión y en el escándalo. Los escritores que pontifican goetheanamente desde resguardados escritores oficiales o semioficiales, como los que en la acera opuesta pontifican desde barricadas de papel, me parecen cada vez más irreales. El río de la vida y de la literatura corre por otro lado. Y es un río de barro.

Estaba leyendo con admiración el último libro del cubano Reinaldo Arenas, su "noveleta" *La vieja rosa* publicada en Caracas en los bellos *Cuadernos del Caribe*, cuando en la barahúnda del "boat people" que se descarga en Key West, apareció repentinamente el propio Reinaldo Arenas, en esa desconcertante y fantástica flotilla, donde sin duda había delincuentes comunes y prostitutas y asociales, pero también obreros y viejas mujeres y niños sin familia y hasta médicos y responsables de sindicatos, alguien descubrió la presencia de Arenas, salvándolo de los depósitos de Arkansas o Pensylvania donde se hacían decenas de miles de seres al garete. El contó lo ocurrido: Estaba en mi apartamentito de La Habana, cuando a las cuatro de la mañana llamaron a mi puerta diciéndome: "Visítete y lárgate. Yo les dije que no había pedido salir, que prefería quedarme en Cuba, pero ellos me dijeron: No discutas y lárgate para Mariel."

Así, "desnudo como los hijos del mar" cómo había dicho Antonio Machado para otro exilio, Reinaldo Arenas entró, no en el exilio, sino en el ostracismo. Los conflictos que había mantenido con las autoridades cubanas, y que nunca fueron políticos sino morales, concluían en la expulsión violenta. Aun desde lejos era fácil prever lo ocurrido, si se considera el clima de erizado emocionalismo en que todo este asunto desdichado se inscribió. Los funcionarios del Ministerio del Interior habían tomado las listas de ciudadanos con antecedentes penales y habían efectuado una limpieza indiscriminada, en la forma drástica que corresponde a estas disposiciones masivas. A ese nivel es raro que se distinga quién es quién y que se haga alguna diferencia entre quien sufrió cárcel por actividades contrarrevolucionarias o quien la padeció acusado de corrupción de menores. Si es que tal distinción interesa al Ministerio del Interior. Si le interesa al de Cultura que dos días después, a través de las informaciones telegáficas, como a Mariel para poder de pescarlo, asegurando que él era un extranjero que Arenas podía salir del territorio de Cuba, con pasaporte, si así lo hubiera solicitado. Pero era tarde: Arenas ya navegaba en uno de los botes recargados de gente rumbo a un destino que no pidió pero que saludó alborozado. No se necesita ser adivino para saber que en pocos años será un gran escritor internacional.

Más de una vez he escrito diciendo que él, junto con Norberto Fuentes, son los dos mejores narradores que ha dado la Revolución cubana, un juicio que se basa en su soberana competencia artística como en su capacidad para traducir existencialmente, veridicamente, el clima revolucionario, el fragor, el desgarramiento, la intensidad, la autenticidad de una experiencia que ha puesto en vilo a toda una sociedad llevándola hasta el paroxismo. Los responsables políticos no lo vieron así y prefirieron a los burócratas que, como son animales domésticos, no causan disturbios al poder ni a la literatura, y en mis soliloquios de crítico he soñado muchas veces que le explicaba a Fidei que la Revolución era lo que encendía la escritura de él.



670
671
672
673
674
675
676
677
678
679
680
681
682
683
684
685
686
687
688
689
690
691
692
693
694
695
696
697
698
699
700
701
702
703
704
705
706
707
708
709
710
711
712
713
714
715
716
717
718
719
720
721
722
723
724
725
726
727
728
729
730
731
732
733
734
735
736
737
738
739
740
741
742
743
744
745
746
747
748
749
750
751
752
753
754
755
756
757
758
759
760
761
762
763
764
765
766
767
768
769
770
771
772
773
774
775
776
777
778
779
780
781
782
783
784
785
786
787
788
789
790
791
792
793
794
795
796
797
798
799
800
801
802
803
804
805
806
807
808
809
810
811
812
813
814
815
816
817
818
819
820
821
822
823
824
825
826
827
828
829
830
831
832
833
834
835
836
837
838
839
840
841
842
843
844
845
846
847
848
849
850
851
852
853
854
855
856
857
858
859
860
861
862
863
864
865
866
867
868
869
870
871
872
873
874
875
876
877
878
879
880
881
882
883
884
885
886
887
888
889
890
891
892
893
894
895
896
897
898
899
900
901
902
903
904
905
906
907
908
909
910
911
912
913
914
915
916
917
918
919
920
921
922
923
924
925
926
927
928
929
930
931
932
933
934
935
936
937
938
939
940
941
942
943
944
945
946
947
948
949
950
951
952
953
954
955
956
957
958
959
960
961
962
963
964
965
966
967
968
969
970
971
972
973
974
975
976
977
978
979
980
981
982
983
984
985
986
987
988
989
990
991
992
993
994
995
996
997
998
999
1000

Más de una vez he escrito diciendo que él, junto con Norberto Fuentes, son los dos mejores narradores que ha dado la Revolución cubana, un juicio que se basa en su soberana competencia artística como en su capacidad para traducir existencialmente, verídicamente, el clima revolucionario, el fragor, el desgarramiento, la intensidad, la autenticidad de una experiencia que ha puesto en vilo a toda una sociedad llevándola hasta el paroxismo. Los responsables políticos no lo vieron así y prefirieron a los burócratas que, como son animales domésticos, no causan disturbios al poder ni a la literatura, y en mis soliloquios de crítico he soñado muchas veces que le explicaba a Fidei que la Revolución era lo que encendía la escritura de *El mundo alucinante*, y que convencía a Raúl de que el afán heroico de sus soldados, eso era lo que estaba en *Condenados de Condado*. Pero los conflictos del poder político y la literatura, la incomprensión mutua, debían ser ilustrados otra vez, en ambos ejemplos. Para tragedia de las letras cubanas.

Para el lector cubano corriente Reinaldo Arenas no existe. Allá en 1967 se publicó su libro *Celestino antes del alba*, celebrado jubilosamente por Eliseo Diego. Nunca se reeditó ni se publicaron sus restantes obras, a pesar de ser uno de esos raros y empedernidos escritores, alucinados por la incesante creación, que llenan hojas y hojas con furor y alegría. En México, Emanuel Carballo dio a conocer *El mundo alucinante*, la novela de Fray Servando Teresa de Mier trasmutado en Reinaldo Arenas recorriendo frenéticamente una Europa pintada por Jerónimo Bosch. En Alemania y Francia apareció *El palacio de las blanquísimas mofetas*, mucho antes de ingresar al español en Monte Avila de Barcelona. Y en Montevideo una colección de cuentos *Con los ojos cerrados*, (Arca) donde el cuento de ese título es una alegoría de toda la revolución, en marcha estrepitosa hacia lo desconocido. Nada de eso se publicó en Cuba y será algún día motivo de vergüenza para los burócratas de turno, porque no hay allí nada "fuera de la revolución", a no ser que ellos entiendan que el ascua de libertad que enciende esta escritura no pertenece legítimamente, como otros creemos, al impulso revolucionario. El conflicto con Arenas no pertenece a la órbita política, sino indirectamente: como en el caso de Pasolini, es moral y, aún peor, mojigato. Y aunque Arenas quizás no lo conozca, tiene varios puntos de contacto con el autor de "*Ragazze di vita*", por ese tono áspero y populista para reconocer lo vivo de la experiencia cotidiana, por ese desenfado para sacarse de encima las antojeras del escritor profesional y acerrar la irrupción de lo original en el cauce barroso de la existencia. El lo ha dicho: "Si uno se toma en serio esto de ser escritor yo creo que nunca se escribiría nada interesante, no habría temas. Se convertiría en una especie de burócrata. La vida está esencialmente en lo cotidiano, en lo que uno puede ver todos los días, en lo que se puede ver como una persona más, independientemente de que luego uno lo transforme, lo trascienda y le dé otro significado".

No era necesario que confesara que lleva en sí mucho tiempo un tema y que de pronto, bruscamente, se descarga en el papel. Bastaba con leer la manera en que aborda sus obras, la cual evoca la similar manera en que García Márquez se define inicialmente con un

(Pasa a la página siguiente)



CULTU

Reinaldo Arenas al Ostracismo



[Viene de la página anterior]

trazo, para percibir esa intensidad concentrada que se ha ido acumulando y que de pronto se transforma en palabras. *La vieja Rosa* comienza con este espléndido golpe:

Por último salí al patio, casi envuelta en llamas, se recostó a la mata de tamarindo que ya no florecía, y empezó a llorar en tal forma que el llanto parecía no haber comenzado nunca, sino estar allí desde siempre, bañando sus ojos, produciendo ese ruido como de crujidos, igual al de la casa en el momento en que las llamas hicieron tambalear los troncos más fuertes, y aquel andamiaje centelleante se vino abajo entre un enorme chisporroteo que atravesó la noche como una explosión de fuegos artificiales.

Cualquier lector de Arenas recordará de inmediato las líneas iniciales de *Celestino antes del alba* en que la misma madre desahogada de *La vieja Rosa* irrumpe con la misma energía y enciende arrebataadamente el relato:

Mi madre acaba de salir corriendo de la casa. Y como una loca iba gritando que se tiraría al pozo. Veo a mi madre en el fondo del pozo. La veo flotar sobre las aguas verdosas y llenas de hojarasca. Y salgo corriendo hacia el patio, donde se encuentra el pozo, con su brocal cayéndose, hecho de palos de almacigo.

Si, es la misma madre, la misma campesina de Holguín, fuerte, entera, cerrada, hecha de una adusta pieza en que no podrá calzar ninguna novedad: es "la vieja Rosa" que sin una sola vacilación empuña el fusil y abalea a su hijo menor, al más querido, cuando lo sorprende abrazado a un compañero de estudios; la que repudia a su hija cuando se entera de que se ha casado con un negro a escondidas suyas; la que reniega de su hijo mayor que procura apaciblemente vencerla de que entregue sus tierras a las cooperativas revolucionarias; la que por último arde con la casa, transformada repentinamente en una vieja, acurrucándose en los brazos de ese inmenso ángel sonriente que ha venido acechándola desde tan largo tiempo y que se transforma él mismo en el fuego. Es como Sida, la madre de Colette, una campesina íntegra y dura, con recios valores establecidos, donde no entra ni el sexo ni el socialismo: si es jocunda la historia de su boda con el sano Pablo que ronda la cama sin lograr que ella se entusiasme, es dramática la historia de su amor a la tierra, aún más que a la familia, de su empecina-

luciones, así sean tropicales, son merodeadas por el puritanismo. Es un traslado de energías que tanto las revoluciones liberales burguesas como las socialistas han operado, pero es previsible que a estas les ocurra como a las primeras que vieron reaparecer como un turbulento fantasma a las energías que encerraron bajo doble llave.

La presteza de la escritura de Arenas, su equilibrio para ajustar personajes y escenas, su libertad para transitar del realismo al fantástico sin apreciable distorsión, su felicidad en los golpes de efecto y su cauto lirismo que siempre irrumpe con frescura, pertenecen de algún modo a la rica descendencia de Lezama Lima. Ese hombre sin hijos ha sido, en la literatura cubana, el más rico procreador de descendientes literarios, pero estos ya poco tienen que ver con su barroco tropical y sus teorías cultistas a menudo pintorescas. Están más cerca de García Márquez, que se ha constituido en faro visible de una literatura antillana, de la libertad que recorre su narrativa, de la jocundia con que se apropia del mundo visible. Un ejemplo de este último libro de Arenas, en que se cuenta la muerte del marido de Rosa, a quien esta ha relegado a otro cuarto de la casa para no continuar las prácticas amorosas, pone en claro esta pertenencia

Las cosas siguieron progresando en la finca. La cosecha de maíz fue muy abundante, los precios habían subido, y la fiesta de Nochebuena prometía ser espléndida. Rosa había invitado a toda la familia y alguna gente del barrio. Sentada a uno de los extremos de la mesa, cortaba el lechón con precisión extraordinaria, hablando sobre lo difícil que era conseguir semillas de calabaza para la cosecha de primavera. A la medianoche, cuando la risa de los visitantes se hizo más estruendosa, su madre la llamó al patio, y la llevó hasta los árboles que crecían junto al pozo. Mira, le dijo, señalando para las altas ramas. Pablo colgaba de uno de los gajos del anoncillo. Rosa se persignó. Mientras decía Dios mío, pensaba: Lo ha hecho para fastidiarme la Nochebuena. Para eso lo hizo. Había organizado aquella fiesta (a pesar de que sentía en el alma derrochar el dinero y las viandas) para mostrarle al barrio y a la familia cual era su situación. Y además, decía, porque de todas las fiestas del año esta es la única que no se puede dejar de celebrar. Así pensaba. Y ahora veía el cuerpo de su marido que apenas se balanceaba bajo la rama del árbol. Lo hizo bajar. Adoptó la postura apropiada y entró, dando gritos, en el comedor...

je centelleante se vino abajo entre un enorme chisporroteo que atravesó la noche como una explosión de fuegos artificiales.

Cualquier lector de Arenas recordará de inmediato las líneas iniciales de *Celestino antes del alba* en que la misma madre desaforada de *La vieja Rosa* irrumpe con la misma energía y enciende arrebatadamente el relato:

Mi madre acaba de salir corriendo de la casa. Y como una loca iba gritando que se tiraría al pozo. Veo a mi madre en el fondo del pozo. La veo flotar sobre las aguas verdosas y llenas de hojarascas. Y salgo corriendo hacia el patio, donde se encuentra el pozo, con su brocal cayéndose, hecho de palos de almacigo.

Si, es la misma madre, la misma campesina de Holguín, fuerte, entera, cerrada, hecha de una adusta pieza en que no podrá calzar ninguna novedad: es "la vieja Rosa" que sin una sola vacilación empuña el fusil y abalea a su hijo menor, al más querido, cuando lo sorprende abrazado a un compañero de estudios; la que repudia a su hija cuando se entera de que se ha casado con un negro a escondidas suyas; la que reniega de su hijo mayor que procura apaciblemente vencerla de que entregue sus tierras a las cooperativas revolucionarias; la que por último arde con la casa, transformada repentinamente en una vieja, acurrucándose en los brazos de ese inmenso ángel sonriente que ha venido acechándola desde tan largo tiempo y que se transforma él mismo en el fuego. Es como Sido, la madre de Colette, una campesina íntegra y dura, con recios valores establecidos, donde no entra ni el sexo ni el socialismo: si es jocunda la historia de su boda con el sano Pablo que ronda la cama sin lograr que ella se entusiasme, es dramática la historia de su amor a la tierra, aún más que a la familia, de su empecinamiento en el trabajo que le lleva a arar hasta el último día, a rechazar la idea de trasladarse a la ciudad, a prometerse obtener nuevas tierras, así sean del tamaño de un pañuelo, para seguir arando, ordeñando sus vacas, limpiando el campo de malas hierbas.

No puede sobrevivir, sin embargo, a la bancarrota de sus valores, valores que la novela cuidadosamente no defiende sino al contrario ofende, pues el lector siente que es "la vieja Rosa" la que está equivocada, pero ese error nada resta al amor y la admiración que producen ese ser íntegro. Está aquí la capacidad del escritor para ver "al otro" y respetarlo y quererlo a pesar de su error, tratando de ver, gracias a su irregular y viviente situación, el panorama todo de una época que sería falaz abordar por el lado positivo. No de otro modo escribió Sholojov. *El Don apacible* y necesitó de veinte años para que se reconociera que en el "héroe negativo" (como decía la retórica de la época) estaba honradamente vista la revolución. Creo difícil que le ocurra otro tanto a Reinaldo Arenas porque las revo-

Lima. Ese hombre sin hijos nació en la Habana, el más rico procreador de descendientes literarios, pero estos ya poco tienen que ver con su barroco tropical y sus teorías cultistas a menudo pintorescas. Están más cerca de García Márquez, que se ha constituido en faro visible de una literatura antillana, de la libertad que recorre su narrativa, de la jocundia con que se apropia del mundo visible. Un ejemplo de este último libro de Arenas, en que se cuenta la muerte del marido de Rosa, a quien esta ha relegado a otro cuarto de la casa para no continuar las prácticas amorosas, pone en claro esta pertenencia:

Las cosas siguieron progresando en la finca. La cosecha de maíz fue muy abundante, los precios habían subido, y la fiesta de Nochebuena prometía ser espléndida. Rosa había invitado a toda la familia y alguna gente del barrio. Sentada a uno de los extremos de la mesa, cortaba el lechón con precisión extraordinaria, hablando sobre lo difícil que era conseguir semillas de calabaza para la cosecha de primavera. A la medianoche, cuando la risa de los visitantes se hizo más estruendosa, su madre la llamó al patio, y la llevó hasta los árboles que crecían junto al pozo. Mira, le dijo, señalando para las altas ramas. Pablo colgaba de uno de los gajos del anoncillo. Rosa se persignó. Mientras decía Dios mío, pensaba: Lo ha hecho para fastidiarme la Nochebuena. Para eso lo hizo. Había organizado aquella fiesta (a pesar de que sentía en el alma derrochar el dinero y las viandas) para mostrarle al barrio y a la familia cuál era su situación. Y además, decía, porque de todas las fiestas del año esta es la única que no se puede dejar de celebrar. Así pensaba. Y ahora veía el cuerpo de su marido que apenas se balanceaba bajo la rama del árbol. Lo hizo bajar. Adoptó la postura apropiada y entró, dando gritos, en el comedor...

Reinaldo Arenas tiene hoy 37 años. Nació en 1943 y era por lo tanto un adolescente cuando, gracias a la Revolución, abandonó el campo en que se había criado y se incorporó tumultuosamente a La Habana, cosa que ha contado féricamente en *Con los ojos cerrados* descubriendo una creciente muchedumbre de muchachos que, como en las cruzadas, se pone en camino hacia la capital, cantando y arrasando con el mundo. Allí ha transcurrido una vida incierta que no ha calzado en los erróneos parámetros culturales de la década del setenta y es irrisorio que cuando ellos están desapareciendo y los responsables han comenzado a diseñar una más comprensiva política cultural, haya sido arrojado fuera del país. Que no quiere decir fuera de Cuba, porque ya está visto en todos los casos de exiliados, que ellos siguen reviviendo obsesivamente su vida cubana como los legítimos representantes que son de una cosa que siempre tendrá mayor radio que cualquier doctrina o partido político: la nación cubana. ★